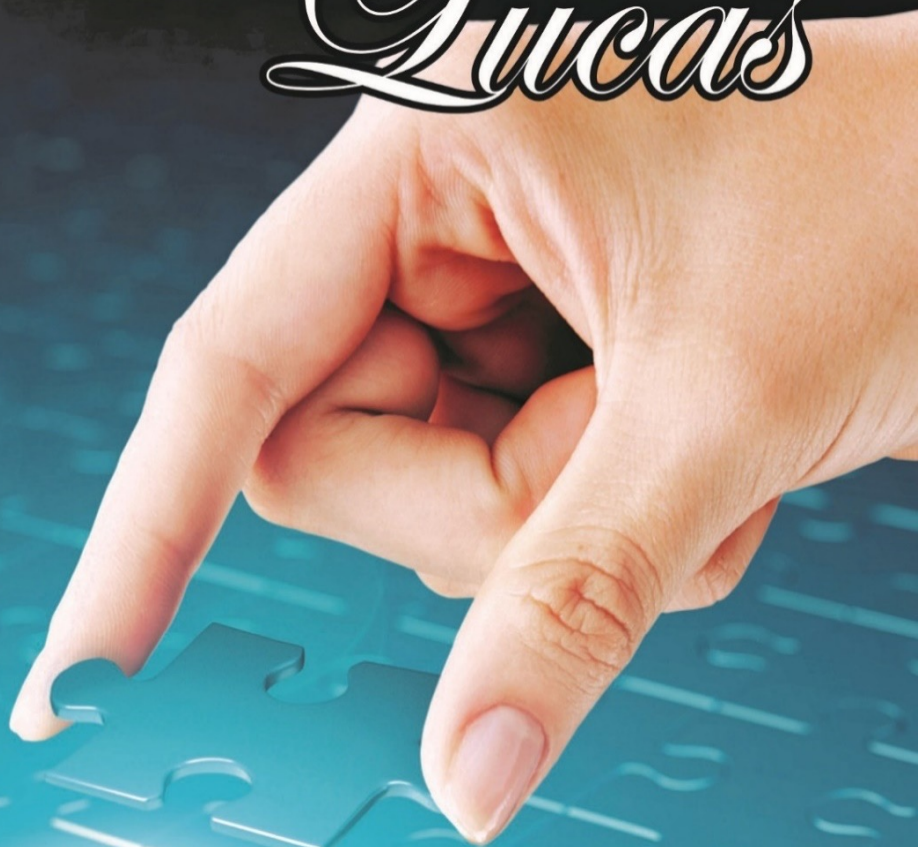


Ediciones Lucas



“LA PLENA RESTAURACIÓN DEL CREYENTE DEPENDE DE UNA VIDA INTEGRADA”
EI-011025-112

“LA PLENA
RESTAURACIÓN DEL
CREYENTE
DEPENDE DE UNA
VIDA INTEGRADA”

© 2025 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: octubre 2025

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-011025-112

LA PLENA RESTAURACIÓN DEL CREYENTE DEPENDE DE UNA VIDA INTEGRADA.

2 Corintios 5:17

“De modo que si alguno está en Cristo, es una nueva creación, las cosas viejas pasaron; he aquí, han sido hechas nuevas” (BTXIV).

El apóstol Pablo declara en este versículo que quien está en Cristo es una nueva creación, o bien, una nueva criatura. Esta afirmación describe el nacimiento de una nueva estirpe espiritual. Es decir, que a partir de nosotros —seres humanos mortales—, Dios forma una nueva raza espiritual. A esto se refiere cuando dice que somos una nueva creación. No se trata de que nos convirtamos en seres extraterrestres o algo similar, sino que, al venir a Cristo, pasamos a formar parte de una nueva humanidad, regenerada por el poder de Dios.

Las características de esta nueva creación se destacan claramente en dos expresiones que deseamos subrayar:

1. Las cosas viejas pasaron

Esta frase no se refiere a objetos físicos o posesiones materiales que hayamos tenido antes de conocer a Cristo, sino a una serie de experiencias, patrones de conducta, estilos de vida y comportamientos que caracterizaban nuestra existencia anterior. Todos fuimos moldeados por una manera antigua de vivir, y ese cúmulo de “cosas” del pasado marcadas por el pecado, el egoísmo, los temores, los traumas, los conflictos y las heridas del pasado, son las que, al venir al Señor y convertirnos en una nueva creación, deben quedar atrás.

2. Todas las cosas son hechas nuevas

Ser una nueva criatura significa dar vuelta a la página de nuestra vida anterior. Todo nuestro pasado debe existir como una referencia que nos recuerde de dónde venimos, pero no como un patrón al que debamos seguir aferrados en el presente. Somos una nueva creación porque, en Cristo, todas las cosas han sido hechas nuevas.

Podemos afirmar que las “cosas viejas” contribuyeron a que lleváramos una vida desintegrada, es decir, una vida desconectada de Dios y fragmentada en todas las áreas de nuestra existencia. Sin importar cuál haya sido nuestra

experiencia humana antes de venir al Señor —ya sea en medio de la pobreza o la riqueza, la salud o la enfermedad—, lo que teníamos era una vida rota, sin verdadera unidad.

Los psicólogos, al analizar la vida del ser humano, reconocen que muchas personas carecen de una coherencia interna; como suele decirse, tienen la vida "hecha pedazos". Esa vida pasada se asemeja al baúl de la abuela: un lugar lleno de objetos, recuerdos y emociones que, aunque ya no comprendemos del todo por qué están ahí, nos resistimos a desechar.

De la misma manera, nuestras vivencias pasadas —aunque importantes como parte de nuestra historia— suelen estar guardadas sin orden, desconectadas de nuestro presente y de nuestra relación con Dios. Al convertirnos en nuevas criaturas, el Señor no solo perdona nuestro pasado, sino que también lo redime, otorgándole sentido y unidad a todo lo que antes estaba fragmentado. En Él, ya no vivimos atados al desorden del "baúl", sino que caminamos en una nueva vida, restaurada y guiada por su propósito.

EL PROCESO DE NUESTRA RESTAURACIÓN CONSISTE EN LA INTEGRACIÓN.

Es como armar un rompecabezas: en primer lugar, debe contar con todas sus piezas completas; y en segundo lugar, deben estar correctamente colocadas para formar una imagen coherente. Nosotros somos como ese rompecabezas, en el que, muchas veces, algunas piezas se han perdido en el camino de la vida.

Además de haber perdido partes importantes, estamos desintegrados: sin coherencia interna, sin plenitud, y muchas veces, sin un sentido claro de propósito. Este es, a grandes rasgos, el cuadro clínico que se observa al estudiar al ser humano: una existencia fragmentada, dispersa y, en muchos casos, sin dirección.

QUÉ ES UNA VIDA INTEGRADA.

Si queremos ser restaurados, necesitamos integrarnos. Una vida integrada es aquella que deja a un lado la naturaleza de independencia, aislamiento y separación que surgió como consecuencia de la caída humana, y se ocupa de que su vida esté en armonía y encaje con todo lo que Dios nos ha dado en la Nueva Vida.

Más que Virtudes: La Forma Correcta

La gran mayoría de los creyentes no carecemos de virtudes divinas, pues Dios nos las ha dado. Lo que no tenemos, muchas veces, es la forma adecuada de vivir y aplicar todo lo que Él nos ha entregado. Por ejemplo, seguramente no existe creyente que no haya sido visitado por Dios de una manera especial. Todos contamos con experiencias espirituales, milagros, dones, etc.

El Problema: Falta de Sentido y Propósito

El problema, entonces, no es la carencia de experiencias con Dios, sino que no encontramos un sentido claro a lo que vivimos. Dios nos visita y no entendemos para qué nos visitó; ejercemos los dones y nosotros mismos quedamos vacíos de lo que dimos a otros; vemos milagros y quedamos enviciados con ellos, y si no los vemos, perdemos la fe. Todas estas experiencias, si no se integran en una vida coherente y dirigida por el propósito divino, se convierten en nada más que el “baúl” desordenado de la abuela: lleno de recuerdos valiosos, pero sin un orden, sin una estructura, sin dirección. No nos conformemos a ser el cajón lleno de muchas experiencias, sino busquemos la integración, es decir, la coherencia y la plenitud de lo que Dios tiene para nosotros.

Hay algunos aspectos vitales en los que debemos buscar la integración.

DEBEMOS BUSCAR LA INTEGRACIÓN A LA COMUNIÓN CON DIOS

Dice 1 Corintios 1:9

“Fiel es DIOS, por quien fuisteis llamados a la comunión de su Hijo JESUCRISTO, Señor nuestro”.

Este verso dice que fuimos llamados a estar en comunión con el Hijo. La vida integrada a la comunión con Dios no es aquella que lo busca lo de Él, sino la que busca estar con Él.

Ciertamente cuando nos reunimos como Iglesia, estamos buscando a Dios. De igual manera, lo hacemos al leer las Escrituras, al orar en privado o al tener comunión con los hermanos. En todas estas prácticas, de alguna manera, participamos de la comunión con Dios. Sin embargo, más allá de estas acciones, necesitamos entender que la comunión con el Hijo es el resultado de una vida integrada. Tenemos que ir más allá de simplemente pedirle cosas a Dios o acercarnos a Él solo para que nos conceda algo. La verdadera comunión ocurre cuando estamos unidos a Él, no solo cuando lo buscamos por necesidad.

S

E

M

A

N

A

—

2

—

Una vida integrada a la comunión con Dios es aquella que tiene como meta la relación, y no simplemente la adquisición de Sus virtudes. No debemos buscar al Señor como quien va a un supermercado espiritual, escogiendo dones, respuestas, milagros o revelaciones según nuestras necesidades. Aun cuando le pidamos un toque de Su presencia, un milagro, entendimiento de las Escrituras o dirección para predicar, nuestra mayor meta debe ser estar con Él por causa de la relación, no del beneficio.

La vida integrada a la comunión con Dios es aquella que tiene como objetivo estar con Él, conocerlo, amarlo y permanecer en Él. Todo lo demás fluye como resultado de esa unión.

Si buscamos esta integración con Dios, encontraremos —de manera implícita y natural— restauración en otros aspectos de nuestra vida. También aprenderemos a disfrutar de vivir en paz con Él y con el mundo que nos rodea.

No busquemos a Dios solo para adquirir más de Él, sino para relacionarnos con Él.

En la Biblia, en el libro de Cantar de los Cantares, encontramos el caso de la sulamita, una mujer que deseaba a su amado solo para sí misma. Su relación era inicialmente posesiva y centrada en

su propia satisfacción. Sin embargo, a medida que avanza el relato, vemos cómo esta mujer fue depurada y transformada, hasta alcanzar una relación madura con su esposo, basada en entrega mutua y amor genuino.

De igual manera, nosotros podemos perder la brújula en nuestra búsqueda del Señor. Ciertamente, Dios nos bendice y nos da de Sus riquezas, pero no debemos convertir esto en un círculo vicioso centrado en lo que recibimos, en lugar de en quién es Él.

Un creyente que vive una vida integrada a la comunión con Dios entiende que pertenece a Dios, que se debe a Él y a Su Reino.

Nos damos cuenta de que hemos alcanzado una comunión verdadera e integrada con Dios cuando nos volvemos útiles para Él, cuando Él puede expresarse a través de nosotros, y no cuando usamos lo que viene de Él para nuestra propia realización o protagonismo espiritual.

En esto estriba la diferencia entre el creyente frustrado y el que está siendo restaurado. Hay personas que buscan al Señor, sin embargo, viven frustradas. Es normal que se frustre alguien que no busca al Señor, que no ora o que no lee las Escrituras. Pero lo más desconcertante es que

alguien que sí lo busca esté turbado. ¿Por Qué Sucede Esto? Esto sucede porque no estamos integrados en nuestra relación con Dios. Podemos buscarlo, tener experiencias con Él, conocer Su Palabra, y aún así vivir una vida fragmentada, sin armonía interna ni plenitud espiritual.

No es lo mismo tener un motor eléctrico, un vaso de vidrio y una extensión eléctrica, que tener una licuadora. Aunque esos componentes por separado son partes de una licuadora, esta solo es útil cuando está correctamente integrada. De la misma forma, nosotros podemos recibir muchas cosas de Dios —dones, revelaciones, enseñanzas, experiencias espirituales— pero solo estaremos plenos si todo lo que recibimos se integra en una relación coherente y viva con Él.

DEBEMOS BUSCAR LA INTEGRACIÓN EN EL CUERPO DE CRISTO.

Además de buscar una integración a la comunión con Dios, también necesitamos estar integrados al Cuerpo de Cristo.

¿Quién vive para quién?

¿Los miembros existen para el cuerpo, o el cuerpo existe para los miembros? Replanteémoslo: ¿usted vive para su mano o su mano vive para usted? Es obvio que la mano vive para el cuerpo.

Podemos decir, entonces, que la mano debe estar integrada al cuerpo si quiere existir y funcionar como tal. De igual manera, el creyente no puede vivir aislado ni separado del Cuerpo de Cristo y esperar ser pleno o útil.

La Revelación de Pertenencia

Nos integramos al Cuerpo de Cristo cuando recibimos la revelación de pertenencia. Es aquí donde se vuelve evidente cuán necesario es que el creyente abandone su vida egocéntrica.

Muchas veces terminamos alejándonos o incluso abandonando la Iglesia, no por falta de fe en Dios, sino porque no tenemos revelación de lo que es el Cuerpo de Cristo. Lo vemos como algo opcional, en lugar de reconocerlo como esencial para nuestra vida espiritual.

Jesús dijo en **Mateo 18:20**

“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.”

Si realmente creyéramos esto, desearíamos profundamente las reuniones. No las veríamos como una carga, una rutina o un evento más, sino como una oportunidad de estar con el Señor Jesús. Al venir a la reunión, nos encontramos con Él. Sin

embargo, muchos vienen a las reuniones y no son bendecidos.

Muchos creyentes, durante años, han mantenido una gran barrera con sus hermanos en la fe. No se hablan ni muestran interés en tener comunión con los demás. Son creyentes que aún no se han integrado plenamente a la comunión con el Cuerpo de Cristo.

Para poder integrarnos al Cuerpo de Cristo, necesitamos desarrollar un verdadero sentido de pertenencia. Esto significa entender que yo estoy para ser útil al Cuerpo, y no que el Cuerpo existe para servirme a mí.

El hecho de que alguien no asista a las reuniones y sea indiferente ante su ausencia demuestra que no comprende lo que significa el sentido de pertenencia. Quien ama al Cuerpo de Cristo valora la comunión, se preocupa por los demás y se compromete con su edificación.

La Responsabilidad en el Cuerpo

Imaginemos que el portero de un equipo de fútbol, a mitad del partido, decide salirse tranquilamente para ir a tomar agua. Sabemos que ese equipo seguramente perderá, porque su portero no tuvo problema en abandonarlos. Esto ilustra lo esencial: alguien que forma parte de un equipo debe ser responsable y tener la conciencia de que se debe a ese grupo de personas.

De la misma manera, en el Cuerpo de Cristo, la pertenencia no es solo una idea abstracta, sino una realidad que implica compromiso y responsabilidad. La pertenencia es importante porque, a través de ella, llegamos a conocernos a nosotros mismos dentro de la esfera del Cuerpo.

Mediante la pertenencia, descubrimos aquello de lo cual Dios quiere que nos hagamos responsables. Así nos integramos, siendo útiles a los demás miembros del Cuerpo de Cristo.

A través de Su Cuerpo, el Señor nos da una oportunidad física y objetiva para entender la utilidad que Él espera de nosotros. No hay una forma más clara y efectiva de ser útiles a Dios que sirviendo al prójimo.

S

E

M

A

N

A

—

3

—

Dice Mateo 25:31

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, 32y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. 33Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. 34Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. 35Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; 36estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. 37Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? 38¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? 39¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? 40Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”.

Esto prueba que el Señor nos colocó en Su Cuerpo para colaborar, para servir y para atender a los más pequeños. Es en esa medida que nos integramos verdaderamente al Cuerpo de Cristo: por medio del servicio.

El Cuerpo de Cristo no existe para que nos beneficiemos de Él, sino para que seamos de

bendición a Su Cuerpo, según el don que Dios ha dado a cada uno. En la medida en que servimos en aquello para lo cual nacimos —es decir, en aquello para lo cual fuimos diseñados por Dios—, entonces podemos decir que nos hemos integrado realmente al Cuerpo de Cristo.

DEBEMOS BUSCAR LA INTEGRACIÓN CON NOSOTROS MISMOS.

Uno de los problemas más grandes que encontramos en el crecimiento y restauración de muchos creyentes es lo aislada y fragmentada que resulta su vida espiritual en relación con el resto de su existencia.

Muchos creyentes viven fragmentados, es decir, no integrados en sí mismos. Su vida espiritual es una cosa, y su vida natural, otra completamente distinta. Asisten a la Iglesia y participan de ciertas liturgias, pero al salir de la reunión viven de otra manera. Dios queda en ellos como un recuerdo, no como una vivencia. No hay una continuidad entre lo que creen y lo que viven. Esta desconexión impide el crecimiento espiritual genuino y la verdadera integración al Cuerpo de Cristo.

La Doble Vida interior: Una Existencia Desintegrada

Vivir a Dios de una forma dual es vivir desintegradamente. No es posible tener añoranzas cristianas y, al mismo tiempo, metas carnales.

Hay creyentes que tienen como utopía la Biblia, pero como realidad su propia experiencia humana. Para muchos, la vida cristiana se ha convertido en una actividad más, como ir al circo: se disfruta la función, se aplaude el espectáculo, y luego cada quien regresa a su vida como si nada.

Eso es vivir una doble vida. Es no ser uno solo consigo mismo. Es una división interna que impide que Cristo habite plenamente en todas las áreas del ser. Por supuesto, una condición de vida así termina trayendo frustración y confusión.

Lo normal —y lo que Dios espera— debería ser una integración verdadera entre nuestra vida natural y nuestra vida espiritual. No dos esferas separadas, sino una sola vida en Cristo, donde todo lo que hacemos, pensamos y decidimos fluye desde nuestra relación con Él.

Debemos hacer del Evangelio una vida, y no simplemente una experiencia más dentro de todo lo que vivimos.

Si no permitimos que el fluir de la Vida de Dios impacte profundamente nuestra mente, de modo que transformemos esa influencia en una forma de vivir, siempre estaremos alejados de lo que Dios quiere para nosotros. Y como resultado, viviremos frustrados y desintegrados.

Una vida integrada armoniza lo divino con nuestra forma de ser y de pensar. Vivimos de manera integrada cuando nuestra alma se convierte en un instrumento de la Vida divina, cuando tanto nuestro trabajo como nuestro descanso están alineados con los propósitos de Dios.

Busquemos vivir de manera integrada, poniendo en primer lugar lo que es de Dios. Y todo aquello que no concuerde con Su voluntad, dejémoslo.

Aquello que percibamos que choca con lo divino, soltémoslo sin dudar. Que incluso nuestros gustos, actividades y diversiones no entren en conflicto con lo de Dios, sino que armonicen con Él, reflejando una vida completamente rendida e integrada a Su propósito.

Hagamos uso de las palabras que dice **Gálatas**
2:20

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios...”

Lo que este verso quiere decir es que lo que vivimos de forma natural está supervisado y armonizado a los deseos de Dios.

DEBEMOS BUSCAR LA INTEGRACIÓN CON LA VIDA NATURAL Y LA CREACIÓN

También debemos buscar una integración con el entorno natural y con la creación en la que habitamos. Uno de los mayores conflictos que enfrentamos los seres humanos es precisamente con las cosas externas que nos rodean.

Muchas veces sentimos que la vida es injusta. Renegamos de las enfermedades que afectan a nuestros seres queridos, o de aquellas que nos tocan a nosotros mismos. Esto genera una gran disociación entre nuestro interior y lo exterior: lo que creemos, sentimos y confesamos por dentro, no logra reconciliarse con lo que vivimos por fuera.

Esta forma de ver la vida no es solo típica de los inconversos; también afecta a muchos creyentes que aún no han aprendido a ver la vida —toda la vida— desde la perspectiva de Dios y Su propósito eterno.

Tenemos que aceptar el mundo en el que vivimos, con sus cosas buenas y también con las malas. Debemos reconocer que la creación —incluyéndonos a nosotros mismos— muchas veces involuciona, cambia, se deteriora, envejece, y pasa por procesos que no siempre comprendemos o deseamos.

S

E

M

A

N

A

—

3

—

Sin embargo, cuando no estamos integrados a lo natural de la creación, corremos el riesgo de vivir en constante frustración. Nos resistimos a los ciclos naturales de la vida, al sufrimiento, a la pérdida o al deterioro, en lugar de aprender a verlos desde la perspectiva de Dios.

Aceptar la realidad no significa resignarse, sino vivir de forma consciente, equilibrada y conectada con el propósito divino en medio de un mundo caído pero aún bajo el gobierno de Dios.

Muchas mujeres terminan frustradas cuando llega el tiempo en que se acaba la belleza exterior. Por más tratamientos que se hagan, inevitablemente llegará la vejez. Otros terminan frustrados porque la vida no les permitió alcanzar el nivel económico que soñaban. Viven amargados con sus padres por no haber tenido más recursos, más educación o una vida más cómoda.

A medida que pasa el tiempo, para muchos la vida se vuelve una carga, porque la disociación entre lo ideal que imaginaban y la realidad que viven se hace más grande.

Esta situación es especialmente crítica en la etapa de la vejez. Si un adulto no aprende a integrar su vida a su edad, los últimos años se convierten en

días de enojo, quejas y tristeza. ¿Por qué? Porque en su mente conciben una cosa, pero la vida natural les muestra otra. Viven divididos entre un ideal que nunca llegó y una realidad que no pueden aceptar.

No podemos evitar las adversidades en la vida. Ni con todo el dinero del mundo podemos evitar las vicisitudes de la vida. Todo lo que pasa en la creación lo permite Dios, lo que tenemos que hacer es armonizar con lo que sucede.

Si no nos integramos y no armonizamos con la creación, viviremos constantemente temerosos.

Las mujeres, con miedo de perder un cuerpo tonificado y de pronto verse flácidas. Los varones, con temor de perder su vigor y su virilidad. Temeremos de que se acabe nuestro tiempo en esta vida, en lugar de alegrarnos por la esperanza de estar con el Señor para siempre. No nos aferramos a lo pasajero. Nadie será eterno en esta era. Por más que alguien se cuide, un día va a morir. No aceptar esta realidad nos roba la paz y nos impide vivir plenamente el propósito de Dios en cada etapa de la vida.

Si vivimos integrados a la creación y todo lo que ésta conlleva viviremos con gratitud hacia nuestro Dios. No nos aferremos a esta vida, es un

imposible vivir por siempre en esta era. Aceptemos nuestro entorno con acción de gracias.

El Señor, antes de partir, le dijo a Pedro:

“De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras”

(Juan 21:18)

Lo que podemos entender de este verso es que debemos armonizar con la edad de la vida. Según diversos estudios, a partir de los treinta y cuatro años, el ser humano comienza, poco a poco, a envejecer.

Por tanto, debería ser algo normal — especialmente en los años de la adultez— aceptar con sabiduría que estamos envejeciendo. Sin embargo, a la gran mayoría le cuesta aceptar esta realidad. Luchan contra el tiempo en lugar de integrarse a él.

El círculo natural de la creación es: nacer, crecer, reproducirse y morir. ¿Qué les sucederá a todos los seres humanos, sean creyentes o no creyentes? Que así como nacieron, tarde o temprano, tendrán que morir.

Por eso, integrémonos a este proceso, aceptémoslo con fe y esperanza. Esperemos con serenidad los tiempos de la vejez, el deterioro, la enfermedad o lo que Dios quiera permitirnos vivir en la última etapa de nuestra existencia. Esto es vivir plenamente cada etapa, sabiendo que en todas ellas Dios sigue siendo Dios y nosotros seguimos siendo suyos, hasta el último aliento.

El tiempo de la vejez o de la enfermedad puede ser profundamente útil para el desmantelamiento de nuestro “falso yo”. Es una experiencia profundamente humillante tener que pasar por enfermedades que nos obligan a exponer nuestra desnudez o depender de otros incluso para realizar nuestras necesidades fisiológicas. Pero, si lo vemos desde la perspectiva divina, estas etapas pueden convertirse en instrumentos de redención interna.

Aceptar estas etapas —en lugar de resistirlas con orgullo o vergüenza— es señal de haber logrado integrarnos al ciclo natural de la vida y a lo que es inherente a la creación.

CONCLUSIÓN

Si integramos nuestra vida, al menos, en estas cuatro etapas experimentaremos restauración.

No Vivamos desde la Queja, Sino desde la Integración

No nos molestemos cuando Dios no responde como esperamos ni cuando no nos da lo que pedimos. Procuremos tener una relación con Él que esté libre de intereses personales, basada en amor, confianza y entrega.

No nos molestemos con el Cuerpo de Cristo. No nos frustremos porque los hermanos no son como quisiéramos que fueran. En lugar de eso, intégrémonos al Cuerpo con humildad, sabiendo que estamos allí para servir a los demás miembros, no para exigir perfección.

No nos molestemos con nosotros mismos. Más bien, busquemos una integración real entre lo espiritual, lo emocional y lo natural en nuestra vida cotidiana.

No vivamos quejándonos de la vida ni de sus aparentes injusticias. Aceptemos nuestro entorno, las circunstancias y los diversos tiempos que todos, sin excepción, tenemos que atravesar. En esa aceptación madura y espiritual, se encuentra la verdadera paz.